

PRINCIPALES RAZONES DEL DECLINAR DE LA PROFECÍA CRISTIANA EN EL SIGLO II

En este breve ensayo² pretendo esbozar las razones del declinar de la profecía cristiana primitiva, en cuanto ésta dependa del hombre, porque Dios habla cuando él quiere y en cuanto nosotros, mediante su gracia, prestamos atención para oírlo. Obviamente que en la Iglesia ha continuado la función profética de múltiples maneras³, pero aquí nos restringimos a los llamados “profetas” en los escritos cristianos primitivos, y a su profetizar. Más allá de que el Espíritu se difundió a todos los cristianos y en ese sentido todos son profetas potenciales⁴, hubo algunos a quienes, por el ejercicio repetido de este carisma, se los llamó “profetas”. Los *Hechos* individualizan a doce personas que profetizaban⁵. En la comunidad de Corinto actuaban en la reunión. *Mateo*, *Didaché* y *Hermas* (Mand XI) nos confirman la existencia de profetas. En las listas de ministerios vienen después de los apóstoles. A los profetas se les ha revelado el misterio de la economía divina, en cuyo conocimiento sobresale Pablo. El *Apocalipsis* es el libro profético por excelencia en el *NT* Si a esto añadimos Juan el Bautista y Jesús, la expresión profética cristiana contrasta fuerte-

¹ Profesor Emérito en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

² Para más bibliografía, S. ZAÑARTU, “El declinar de la profecía en el siglo II. Notas para un ensayo”, *Teología y Vida* 50,4 (2009) 673-727. Este tema lo trabajé en París en los años 1964/1966. Convencido de que no era el tema de tesis doctoral que yo buscaba, lo abandoné para dedicarme a Ignacio de Antioquía. Ahora lo he retomado para concluirlo.

³ Basta con el hecho del concilio Vaticano II y la V Conferencia en Aparecida.

⁴ Incluidas las mujeres (cf. por ejemplo *Hch* 2,17s).

⁵ Ágabo, Judas y Silas, las cuatro hijas de Felipe, y, al parecer, los cinco profetas y maestros de Antioquía. A éstos agrega Cothenet a Bernabé, Esteban y Felipe (E. COTHENET, *Prophétisme dans le Nouveau Testament*, en: H. CAZELLES - A. FEUILLET (dirs.), *Supplément au Dictionnaire de la Bible*, Letouzey et Ané, Paris 1972, VIII, 1222-1337, col. 1280-1285.



mente con la escasez de profecía en el judaísmo de su época⁶.

En este último, el profeta del *A. T.* había sido desplazado por el rabino y el sabio. Todo estaba centrado en la ley; y los profetas eran estimados en la cadena de su transmisión⁷. Su nombre era reservado para los antiguos. No se permitiría que alguien chocara aparentemente con la ley diciendo con absolutez: “Oráculo de *Yahweh*”⁸. Estaban en pleno afinamiento del canon del *A. T.* Era la época de la interpretación, de los *pes-harim*, de los profetas; época de la apocalíptica. Este proceso tiene algún parecido con lo que sucederá en el s. II en el cristianismo. El maestro de justicia de Qumrán⁹ da la interpretación definitiva, porque los profetas habían escrito para los últimos tiempos (sin entender bien lo que escribían) y estos tiempos son los que están llegando¹⁰.

Los fariseos no se consideraban profetas sino hijos de los profetas¹¹, aunque algunos de ellos pudieran predecir algo, igual que los sumos sacerdotes¹², o recibieran una voz (*bat qol*) de parte de Dios. El mismo

⁶ Aune –(D. E. AUNE, *Prophecy in Early Christianity and the Ancient Mediterranean World*, W. B. Eerdmans, Grand Rapids [Michigan] 1983, 103s)–, nos ofrece dos textos interesantes al respecto. “Cuando los últimos profetas –es decir Ageo, Zacarías y Malaquías– murieron, el Espíritu Santo cesó en Israel. Sin embargo, ellos eran informados mediante oráculos” (Tosephta Soṭah 13,2). “Hasta entonces los profetas profetizaron mediante el Espíritu Santo. Desde entonces, prestad atención y oíd las palabras de los sabios” (Seder Olam Rabbah, 30). Véase Yoma, 9b.Cf. *1 M* 4,45s; 9,27; 14,41; *Sal* 74, 9. Véase también s. *Ba* 85,3; Flavio Josefo, *C Ap*, 1,41. Sobre estos pasajes puede consultarse la interpretación de R. MEYER, *Prophetentum und Propheten im Judentum der hellenistisch-römischen Zeit*, en: G. KITTEL - G. FRIEDRICH (dirs.), *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Kohlhammer, Stuttgart 1933ss, VI, 813-828, pp. 814-817, y algunas de las puntualizaciones de J. R. LEVISON, “Did the Spirit Withdraw from Israel? An Evaluation of the Earliest Jewish Data”, *New Testament Studies* 43 (1997) 35-57.

⁷ Según Cothenet, el medio judío del s. I veía a los profetas como anillos de la cadena en la transmisión de la tradición del Sinaí y como anunciadores del futuro; además destaca el aspecto taumatúrgico (*op. cit.*, 1224).

⁸ «La era de los profetas había cesado: “profetas” contemporáneos, en el sentido de predictores de acontecimientos futuros, ellos los podían aceptar, pero no podían tolerar profetas en sentido estricto, profetas que, sin referencia a la Escritura, pudieran proclamar: “Esto dice el Señor”... Se trataba de una consecuencia inevitable de la convicción de que la revelación en su totalidad había sido dada en el Sinaí», (D. HILL, *New Testament Prophecy*, J. Knox, Atlanta 1979, 37).

⁹ Nunca se autoproclamó “profeta”, aunque debe haber sido tenido por tal.

¹⁰ Cf. p. e. 1QpHab 2,2s.7-10; 7,1-5. Véase 1QH 2,10.13.17s; 4,27-29; 7,6s; 12,11-13.

¹¹ Cf. p. e. Hillel (jSchab 19, 1; Schwab, IV, 178); bPes., 6 (Goldschmidt, ed. 1930, II, 509)).

¹² Flavio Josefo, quien no dio el título de “profeta” a ningún contemporáneo, trae algunos ejemplos al respecto.

Flavio Josefo predijo a Vespasiano que iba a ser emperador. Pero éstos eran dones proféticos de tono menor. Para el futuro, en cambio, se esperaba la vuelta de Elías, o un profeta como Moisés¹³. De ahí los pseudo-profetas políticos que, como nos cuenta Flavio Josefo, prometían un signo para que las turbas los siguieran en sus fallidas rebeliones contra Roma. Este es el contexto profético en que aparecen Juan el Bautista y Jesús, anunciando los últimos tiempos, la venida del reino.

Volvamos al s. II después de Cristo. Tenemos a Policarpo, maestro profético¹⁴, y un hecho profético de Ignacio de Antioquía¹⁵. Cuando se hace el recuento en la polémica con los montanistas, sólo se destacan, como profetas individuales, Ammia de Filadelfia y Cuadrato¹⁶. Con todo, se mantenía la conciencia de tener carismas proféticos¹⁷. El montanismo (Montano, Priscila y Maximina), probablemente por el año 160, es un gran estallido profético, que terminará constituyéndose en Iglesia aparte¹⁸. ¿Por qué fue rechazada por la Iglesia católica la profecía montanista, llamada nueva profecía? No por el dogma, salvo una facción modalista.

¹³ Cf. por ejemplo *Jn* 1,21.25. Véase *Ml* 3,23s; *Si* 48,10; *Dt* 18,18ss.

¹⁴ *Mart Pol* 16,2 (cf. 5,2; 12,3). Toda palabra que salió de su boca se ha cumplido o se cumplirá.

¹⁵ *Fil* 7.

¹⁶ Cf. Eusebio, *HE*, V,17,2-4 (véase III, 37, 1). Según *Asc Is* 3, 26-28 habría pocos profetas en esa época, en contraste con la época anterior (*Ib.*, 3,19s). Véase Orígenes, *Contra Celso*, I,46; VII,8; Sibila, I,385s.

¹⁷ Cf. Justino, *Dial*, 39,2; 82,1; 87,5--88,1 (cf. 76, 5); Ireneo, *Adv Haer*, II,32,4; III,11,9; V, 6,1; *Epid*, 99. Véase Tertuliano, *Adv Marc*, V,8,4-9, 1; Eusebio, *HE*, V,3,4; 17,2. 4; Bern, 16,9s.

¹⁸ Puede verse, por ejemplo, C. TREVETT, *Montanism. Gender, Authority and the New Prophecy*, Cambridge University Press, Cambridge 2002. El material se puede consultar en R. E. HEINE, *The Montanist Oracles and Testimonia* (Patristic Monograph Series, 14), Mercer University Press, Macon, G. A. 1989. Saxer (V.SAXER, "Montano-Montanismo", en: A. Di Berardino [dir.], *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, Marietti, Genova 1994, II, 2300) lo caracteriza así: "Los rasgos más característicos son ante todo la glosolalia y un lenguaje espiritual tendiente al éxtasis y al entusiasmo. Tanto Montano como Prisc(ill)a y Maximilla (pero nadie más) pretenden ser la voz de Cristo y del Espíritu Santo. Ellos hablan, por tanto, con la autoridad de este Espíritu, y exigen fe incondicional y absoluta obediencia a sus órdenes. Ellos niegan toda autoridad eclesiástica. Contenido de su profecía es el anuncio del inminente fin del mundo, que Maximilla pronostica para el tiempo inmediatamente posterior a su propia muerte. Las guerras que estallaron bajo Marco Aurelio son interpretadas como signos premonitores. Como preparación para el final están prescritos una moral rigurosamente ascética, con la prohibición del matrimonio (más tarde sólo las segundas nupcias), ayunos severos, abundantes limosnas de toda especie; se anima

Principalmente porque hablaban a nombre del Paráclito, etc., en forma absoluta y no se sometían a nadie. Como si tuvieran la plenitud del Espíritu, por sobre los apóstoles y Pablo, preparando a los cristianos para el pronto descenso de la Jerusalén celestial en Pepuza. Así condenaban las segundas nupcias o imponían tres cuaresmas de ayuno al año. Además profetizaban en éxtasis, al parecer provocado y convulsionado¹⁹, contra la sentencia paulina de que el espíritu del profeta está sometido a éste. Su forma de vida parecía criticable. Chocaron, pues, contra la tradición de la Iglesia y su praxis. Así se desacreditó más profundamente la profecía²⁰, que ya había tenido problemas antes, como vemos en la normativa de Didaché o en Hermas, o en las advertencias contra los falsos profetas. El discernimiento de la profecía es bastante complicado, y el montanismo no pasó la prueba, no fue recibido por la experiencia cristiana.

Hubo, por tanto, un declinar de la profecía cristiana en el s. II, después de su comienzo primaveral. ¿Cuáles serían las causas? El profeta del *A. T.*, tomado por el Espíritu, contrastaba fuertemente con el público a quien se dirigía. Era para ellos la voz absoluta de Dios. En el cristianismo, en cambio, todos los cristianos reciben el Espíritu y son eventuales profetas, como interpreta Pedro la efusión de Pentecostés según la profecía de Joel²¹. Entre los carismas, uno de ellos es discernir los espíritus. Así la comunidad de Corinto discierne a sus profetas. En ese sentido, los profetas ya no son absolutos sino que dependen de la comunidad. Por eso, tiende a desaparecer la versión cristiana de la profecía absoluta: “Esto dice el Espíritu Santo”²². Esta fórmula, una vez usada por Ágabo, campeará en

al martirio, se prohíbe sustraerse a la persecución. En referencia a *Ap* 21,1. 10, la Nueva Jerusalén, descendida del cielo, deberá localizarse en Pepuza o en Timión (Frigia). Los creyentes deberán encontrarse ahí a la llegada del Señor. Pero en el plano dogmático no se ha asumido ninguna posición herética: se permanece en el terreno de la ortodoxia”.

¹⁹ “Lo que distingue el éxtasis de los montanistas de la profecía eclesiástica, es para el anónimo (en Eusebio, HE, V) por una parte la voluntaria producción de este estado (a diferencia de la iniciativa divina en el verdadero éxtasis...); por otra parte, el ostensiblemente espectacular delirio o posesión (*katoxh*), que es acompañado de un hablar extraño e ininteligible, en entusiasmo y demencia (*e)kfro/nw*), que no es lo conforme (*a)kairw*) a la profecía y que es anormal (*a)llotriotro/pw*)...” (G. SCHÖLLGEN, “Der Niedergang des Prophetentums in der Alten Kirche”, *Jahrbuch für biblische Theologie* 14 [1999] 97-116. 113). El anónimo antimontanista habla de *pare/kstasij*.

²⁰ Esto ya sucedía en el *AT* (cf. por ejemplo *Za* 13,2-6).

²¹ Los apóstoles dan el Espíritu por la imposición de manos.

²² Cf. Ignacio, *Fil*, 7,2.

las cartas del *Apocalipsis* de Juan. Pero éstos dos casos, más véterotestamentarios, no se oponían a la tradición de la Iglesia. Al revés, el *Ap* es como la coronación de la revelación del misterio en Cristo respecto a los últimos tiempos, con relectura del *A. T.* Correspondientemente a esto, la profecía cristiana es más bien exhortativa²³, para edificar. Sólo algunas veces anuncia cosas futuras, como que Pablo va a ser hecho prisionero en Jerusalén.

Pero la principal razón es otra. La profecía culminó en Cristo²⁴, la misma Palabra de Dios. Dios había hablado antes de muchas maneras por los profetas, pero ahora habló por su Hijo. Es decir, Dios se autorreveló. Cristo es su palabra definitiva y, por así decirlo, ya no queda otra palabra de Dios. Lo que interesa ahora es conocer esa revelación de Cristo. Este es el oficio de los enviados por Cristo, sus testigos, los apóstoles. Estos son los personajes importantes, como lo eran los profetas en el *AT*²⁵. Ellos, iluminados por el Espíritu, son los principales en la constitución de la tradición *apostólica*. Por eso la Iglesia está construida sobre apóstoles y profetas, o mejor dicho sobre apóstoles que son profetas (*endiadis* de *Ef*2,20). En ellos termina de concretarse la revelación del misterio. Puesto el fundamento de la tradición apostólica, cuya escritura inspirada va a ser “canonizada” (canon del *NT*), sólo queda, como en el judaísmo, la época de la interpretación para una transmisión (tradición) y aplicación viva²⁶. Y en esta interpretación, el principal papel recaerá en los *didaskaloi* (doctores, maestros), más que en nueva inspiración profética, que, por lo demás, ya no interesaba tanto. Con todo, no consta ninguna oposición entre jerarquía y carisma, como lo supuso Harnack. Había obispos carismáticos, como el “pneumatoforo” Ignacio de Antioquía, según la línea del cual, los itinerantes tendrían que armonizar en todo con el obispo. Puesto esto, el título “profeta” tiende a ser reservado para los del *A. T.*, como en el judaísmo. Más aún, todo el *AT* pasa a ser una gran profecía sobre Cristo. En conclusión, los apóstoles han desplazado a los profetas del *AT*.

²³ Poco habla de castigo. Según *1 Co* 14,24s, el profeta también descubre los corazones.

²⁴ *Hb* 1,1s. Igualmente el tema de la persecución del profeta.

²⁵ El llamado de Pablo es como una vocación profética. Pedro enrostra a Ananías y Zafira su oculto mal proceder; Pablo derrota al mago judío Elimas. Ambos tienen visiones, hacen milagros, etc. También, por algunos milagros, Jesús era llamado profeta. Según *1 Co* 14,37, si alguno se cree profeta o espiritual, tiene que reconocer que lo escrito por Pablo es un mandamiento del Señor. Pablo se muestra con autoridad por encima de la comunidad de Corinto.

²⁶ El montanismo pareciera no haber tomado suficiente conciencia de que la revelación estaba concluida.

A esto habría que agregar que la profecía refloreció en torno a una fuerte conciencia de los últimos tiempos. Juan Bautista anuncia el juicio inminente. Jesús es la llegada del reinado de Dios. La efusión del Espíritu es símbolo de los últimos tiempos; es la primicia. Ahora el misterio oculto del plan de Dios es revelado a apóstoles y profetas. El *Ap* es una muestra. La decadencia de la profecía cristiana coincidirá, pues, con la atenuación de la espera ante la dilación de la parusía, con la instalación de los cristianos. El montanismo será una mala experiencia de reactivación.

Pero hay una última causa importante. ¿Hasta dónde los profetas cristianos fueron útiles a la Iglesia? La Iglesia, que nacía y crecía entre persecuciones, tuvo una fuerte confrontación con el judaísmo, el paganismo y, lo más doloroso, con la herejía. No se conocen huellas de que el contenido de la profecía de los profetas cristianos haya sido directamente útil en la confrontación con la herejía. Sólo sabemos, de los montanistas, que eran propensos a presentarse al martirio²⁷. La pelea contra la herejía, la dio la jerarquía y los “doctores”, basándose en la tradición apostólica. Si el papel de la profecía era menor en la comunidad, además tenía la complicación de su discernimiento. Así los judíos se equivocaron con Jesús, que era considerado profeta por el pueblo. Y los que se rebelaron en el siglo primero y segundo contra Roma, discernieron mal, y fueron aniquilados por el Imperio. Con todo, el judaísmo había desarrollado una doctrina y una praxis del discernimiento de espíritus. Los greco-romanos, en cambio, eran menos cultivados en esto; además su cultura retórica (y legal) era mucho más racional. No era un terreno fértil para el discernimiento de espíritus. El cristianismo tuvo que pagar el precio de la inculturación en la racionalidad griega. Era más fácil argumentar con razones que discernir acertadamente la profecía. ¿Por qué es tan complicado discernir?

¿Qué criterios han sido dados para discernirla? No es el milagro, porque los pseudoprofetas, como los magos de Egipto, también hacen milagros, aunque menores. Lo más claro es el criterio dogmático, lo que va contra la fe recibida²⁸ desde el comienzo, como dirá la *1Jn*²⁹. Que se cumpla la profecía, sobre todo si es de buenaventura³⁰, pero los cumplimientos toman su tiempo, a veces van por partes o no son claros. Que la profecía

²⁷ Muy hermosas son las *Actas* del martirio de Perpetua y Felicidad, al parecer de ambiente montanista.

²⁸ Cf. *Dt* 13,2-6; 18,20; *1 Co* 12,3 (cf. *Rm* 12,6); *Ga* 1,8s; 2,2; *1 Jn* 2,22; 4,1-3; *2 Jn* 7.

²⁹ *1 Jn* 2,24.

³⁰ Cf. *Dt* 18,22; *Jr* 28,8s; *1 R* 22,28; *Hch* 11,28.

sea recibida por la Iglesia espiritual³¹, por los que tienen la unción³² del Espíritu. ¿Pero quién y cuándo juzga esto? Quizás haya algo de esto implicado en la confrontación carismática con la asamblea de justos en oración, que se propone en el mandamiento XI de Hermas³³, o los exorcismos ofrecidos a las profetisas montanistas³⁴. Ignacio de Loyola, en sus reglas de discernimiento, alude a armonía y disonancia³⁵. Criterio clave es el de Jesús: por sus frutos se conoce el árbol³⁶. Dentro de esto, la *Didaché*, pone como criterio que el profeta tenga los modos del Señor³⁷. Importante es la edificación y sobre todo el amor. Por supuesto, la profecía es espontánea, porque es de iniciativa divina³⁸. Ampliando el tema y pese al difícil manejo de los criterios, el discernimiento concreto de la voluntad de Dios será un problema central en todo caminar cristiano. Los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola es uno de los grandes métodos para llegar a conocerla. Requiere, con todo, la total conversión del corazón a Cristo, su purificación, el profundo deseo de seguir al Señor en el camino de las bienaventuranzas, la contemplación de su vida contra la que se va contrastando la elección personal y sus motivaciones, cierta racionalidad y la paz del alma, la confirmación en el tiempo y por la Iglesia.

Volviendo a nuestro tema, no era tan fácil discernir a los profetas³⁹ y su actividad se prestaba a abusos, contra los que viene la reglamentación

³¹ Cf. *1 Co* 2,13-15; 14,29.37.

³² Cf. *1 Jn* 2,20.27. Cf. *Jn* 14,26; 16,13.

³³ XI, 9ss. Así el anónimo antimontanista pide que el espíritu que habla en Maximilla “muestre claramente el poder (*du/namin*) que hay en el espíritu y que lo pruebe, y que por medio del espíritu obligue a confesarlo a los que se hallaban entonces presentes para examinar y discutir con el espíritu que hablaba, varones probados y obispos” (Eusebio, *HE*, V,16. 17).

³⁴ Eusebio, *HE*, V,16,16 s; 18,13; 19,3.

³⁵ Por ejemplo, *EE* 335.

³⁶ Cf. *Mt* 7,15-23 par; 12,33-35 par. Véase *Ev Th* 45.

³⁷ 11,3-12. Así la vida y actuar del profeta es muy importante (cf. Hermas, *Mand XI*). Y Jesús nos recuerda que ningún profeta es bien recibido en su tierra (cf. *Mc* 6,4 par; véase *Mt* 5,11s par).

³⁸ Hermas, *Mand XI*,2-8; Ireneo, *Adv Haer* I,13,4.

³⁹ La dificultad de aplicar los criterios en la práctica, lleva a Vogels a decir: “Los criterios propuestos tienen un cierto valor, pero por otro lado ponen tantos problemas que prácticamente no se ha avanzado más... Lo que vuelve a remitir a la historia el veredicto que determina al “verdadero” profeta. Jeremías pasó el test con éxito; la historia ha dado la razón a Jeremías y no a Hannanya. En cierta manera se ha vuelto al criterio de la realización de la profecía, ya no, sin embargo, en el sentido restringido según el cual se conside-

de la *Didache*⁴⁰. Y vuelve la pregunta: ¿hasta dónde era realmente útil para la comunidad la actividad de los “profetas” cristianos en el s. II, sobre todo contrastada con la eficiencia de pastores y doctores en torno a la tradición apostólica? Al menos los cuatro rubros de razones esbozados en este ensayo (ahora todos tienen el Espíritu; lo importante es el apóstol de Jesucristo, en quien culminó la revelación; la atenuación de la espera de la parusía; la poca utilidad de la profecía, en parte por el complicado discernimiento y por el trasplante cultural), contribuyeron al declinar del profetismo en la Iglesia del s. II. El montanismo y las complicaciones que éste trajo, durante mucho tiempo fue un gran descrédito para los profetas cristianos.

Casilla 597
Santiago de Chile (Plaza de Armas)
CHILE

ra tal o cual predicción, sino en una acepción muy amplia. El profeta ha cumplido su misión. Él ha interpelado a los hombres y continúa interpeándolos. ¿Qué deben hacer entonces los contemporáneos de los profetas, para quienes el juicio de la historia no ha sido todavía pronunciado? En último análisis, cada uno es reenviado a su juicio personal, a su propia conciencia, a través de la cual Dios habla, pero con una voz que es misteriosa. En cierto sentido hay un “profeta” en cada uno de nosotros... Se podría decir quizás que es necesario ser profeta para discernir al profeta, “porque a todo hombre que tiene, se le dará” (*Mt 25,29*), (W. VOGELS, “Comment discerner le prophète authentique?”, *Nouvelle Revue Théologique* 99 (1977) 681-701. 698 ss.).

⁴⁰ También, según *Mt 7,22* s, el Hijo del Hombre dirá a algunos que habían profetizado en su nombre: “no os conozco”.